

Si emociona pensarlo, imagínate hacerlo.



# Introducción

Los centros educativos superiores son el espacio en el que, como estudiantes universitarios, desarrollamos la mayor parte de nuestra vida. La elección de una titulación no es tarea fácil y mucho menos lo es el curso de la misma una vez tomada esta decisión. Las universidades exhiben, en muchos casos, la carrera competitiva de las notas, el currículum y el expediente, así como la posibilidad alentadora de perfilar un futuro profesional brillante y, a menudo, el agobio, la frustración y la desesperanza ante la dificultad de alcanzar los objetivos propuestos y llegar a la meta deseada.

En el momento actual, además, el sombrío horizonte de un futuro laboral desalentador se cierne sobre quienes invertimos nuestras horas en las aulas y entre apuntes y es necesario, continuamente, resituar la orientación, regresar a la motivación, volver al sentido original de nuestro camino.

La universidad es, por otro lado, espacio de vida y de encuentro, lugar donde se va tejiendo nuestra red de relaciones, donde se edifica el pensamiento, donde se forjan los imaginarios que nos ayudan a soñar con otro mundo. En la JEC sabemos algo de eso. Para nosotros, la universidad es espacio de misión, lugar desde el que miramos la realidad para iluminarla con la luz siempre nueva del Evangelio que nos invita sembrar el Reino desde la acogida entrañable y el gesto cercano, pero también desde la lucha apasionada y la transformación de las estructuras para hacerlas más acordes al proyecto del Padre.

Por eso, este año llevaremos a cabo nuestra campaña en torno a la idea de la participación y la implicación en la Universidad. Participación e implicación que nacen con una dirección precisa, con un rumbo exacto, que es la llamada de Dios a encarnarnos en el medio para ser rostro de Jesús y voz de la Iglesia en una tierra a menudo marcada por el anonimato multitudinario, la injusticia callada y la inercia vacilante de estructuras y sistemas que se olvidan muchas veces de poner a la persona y su dignidad en el centro.

Participar, implicarse, comprometerse, edificar, construir, soñar, decidir... *si emociona pensarlo, imagínate hacerlo.*

# VER

Para comenzar, vamos a realizar un primer acercamiento a la cuestión de la participación en la universidad a través de nuestra experiencia personal para después formarnos un poco profundizando en esta noción tan importante y las variables relacionadas con ellas y, posteriormente, lanzarnos al medio a hacer un pequeño trabajo de campo tomando el pulso a la cuestión de la participación en nuestro entorno.

- 1) ¿Qué entiendes por participación en la universidad?
- 2) ¿Qué espacios ofrece el centro en que estudias para esta participación?
- 3) ¿Estás participando en la universidad? ¿En qué espacios/plataformas llevas a cabo esa participación?
- 4) ¿Con quién te encuentras en esta participación? (Alumnos, profesores, personal no docente...) ¿Qué es lo que piensas que motiva a estas personas y las lleva a participar?
- 5) ¿Qué entiendes por implicación?

# Las claves de la participación estudiantil en la universidad española

(Richard Merhi Auar, Universidad Jaume I)

## Participación: definición y claves

*¿Qué es participar? ¿Qué repercusiones tiene? ¿Qué supone hacerlo en la universidad?*

En primer lugar debemos definir el concepto de participar como tomar parte activa de algún hecho o decisión. La participación en sí requeriría asumir tres premisas: que se quiere participar en un hecho concreto, que se sabe cómo y que se cree que esa participación tendrá utilidad en el mismo. Concretando el ámbito del concepto, la participación del estudiantado en la universidad implica asumir una postura activa donde éste quede integrado en la organización de la misma. Una de las funciones más relevantes de la universidad es la función social, mediante la cual el alumnado recibe una formación en valores de análisis, reflexión y participación democrática. La *Declaración Universal de la UNESCO* (1998) va en esta línea al plasmar que la Educación Superior “debe contribuir a proteger y consolidar los valores de la sociedad”.

Sin querer ahondar más allá por el momento, sí que es interesante valorar el gran abanico que esta institución ofrece en cuanto a participación; un abanico que incluye más que un catálogo de títulos o de servicios universitarios y que parece desconocido para una parte significativa del estudiantado, lo cual redundaría en una baja participación. A este respecto, Michavila y Salaburu (2007) afirman que ello se debe a una escasa vinculación entre la universidad y los estudiantes, lo cual exigiría un extenso análisis acerca de cuál es el modelo de cultura y legislación universitarios adecuados.



Por otra parte, existen varios documentos y declaraciones oficiales que postulan la necesidad de aumentar el protagonismo del estudiantado en el proceso de construcción de la Educación Superior. En la Declaración Universal de la UNESCO (1998) se instaba a los responsables universitarios y políticos a que posicionaran al estudiantado como parte fundamental de la universidad y en el eje central de sus líneas de acción. En ese sentido se afirmaba que “en la medida en que los estudiantes tienen derecho a organizarse y tener representantes, se debería garantizar su participación en estas cuestiones”. Poco tiempo después, en la Declaración de Praga (Hacia el Área de la Educación Superior Europea, 2001) se reconoce explícitamente a los estudiantes como miembros de pleno derecho de la comunidad universitaria y copartícipes activos en la construcción del *EEES*, estableciendo desde ese momento a la Asociación Europea de Estudiantes, *ESU-ESIB*, como miembro consultivo del grupo de seguimiento del Proceso de Bolonia. Dos años después, en el marco del *Bologna Follow-up Seminar* organizado por esta asociación, se pone de manifiesto la necesidad de favorecer la implicación de los estudiantes en todos los niveles de toma de decisiones, garantizando legalmente las vías de participación estudiantil y la necesidad de establecer medios para que ésta fuera activa. Ese mismo año, en el Comunicado de Berlín se hace mención expresa de la necesaria participación de los estudiantes en aspectos clave como la garantía de la calidad, desarrollándose, en 2005, en el documento “Criterios y Directrices para la Garantía de la Calidad en el Espacio Europeo de Educación Superior” redactado por la *European Association for Quality Assurance in Higher Education* (ENQA).

### **La implicación como clave de la participación**

La clave de la participación parece residir en el concepto de “implicación”, que supone formar parte de algo de forma proactiva -en este caso ese “algo” es la universidad- y que en el ámbito de la psicología organizacional constituye el “grado en que los empleados se sumergen en sus labores, invierten tiempo y energías en ellas y conciben el trabajo como parte central de su existencia (Davis y Newstrom, 1999, p. 278) La implicación, a su vez, resulta un término muy relacionado con el sentimiento de pertenencia entre el estudiantado y la institución universitaria o, dicho de otra manera, al grado en que el estudiante se identifica con la universidad (Salaburu, 2007).

La implicación puede operativizarse mediante la siguiente fórmula:

*Implicación= Motivación x (In)formación x Repercusión percibida*

Algunos de estos elementos los hemos mencionado sucintamente en la introducción, pero a continuación analizaremos más detalladamente qué significado tienen. El primer componente, la motivación, supone el conjunto de intereses cognitivos y/o conductuales que posee una persona (Palmero y Martínez, 2008); intrapolándolo al ámbito universitario resultaría el conjunto de preferencias manifiestas o encubiertas del estudiantado o, dicho de forma más llana, qué desea el estudiante en su vida universitaria.



La información-formación, segundo concepto, incluye el grado de conocimiento que el sujeto posee sobre uno o varios aspectos y acerca de cómo desarrollar las motivaciones que éste presenta. En el ámbito de participación universitaria podríamos traducirla como el grado en que el estudiantado conoce los medios de participación estudiantil.

Por último encontramos en la citada fórmula la repercusión percibida, entendida como las expectativas que la persona posee de poder influir en algo con sus actos. A nivel universitario se entendería como el grado en que un estudiante cree que su participación tendrá mayor o menor utilidad para conseguir aquello que desea –sus motivaciones–.

Como se puede deducir, cada elemento influye al resto; es por ello que se use el signo de multiplicación en la fórmula de la implicación ¿Qué supone esta sinergia? Que la implicación no está en función de una combinación simple de elementos y que, por tanto, no basta con potenciar uno o dos de los conceptos ahí mencionados si se descuidan los otros; por ejemplo, un estudiante tendrá menor motivación a participar si, pese a conocer

las vías adecuadas al efecto, considera que su acción no tendrá repercusión alguna, lo que supondría una ausencia de implicación universitaria. Análogamente, en sentido positivo, si se potencia la información sobre la oferta extraacadémica al alumnado, es posible que éste incluya esas opciones de participación entre sus motivaciones.

Análogamente, en sentido positivo, si se potencia la información sobre la oferta extraacadémica al alumnado, es posible que éste incluya esas opciones de participación entre sus motivaciones. No obstante, existe un elemento que engloba a toda la fórmula y la contextualiza: el entorno social o la cultura participativa, que abarca más que la universidad en sí. ¿Existe una cultura universitaria participativa? O, yendo más allá, ¿está la universidad incrustada en una cultura de participación social activa? Como apunte interesante cabe recoger, para el posterior análisis, el estudio *Cultura participativa: asociacionismo juvenil* (Consejo de la Juventud de España, 2002) en la que se afirma que “nuestra sociedad (...) sigue sin asumir las responsabilidades de una mayoría de edad democrática. Se ha acostumbrado a hablar mucho de derechos y libertades, pero ha calado muy poco el mensaje complementario de los deberes” Del mismo modo añaden que no vale con establecer un sistema democrático a nivel formal sino que éste debe ser aplicado a nivel práctico.



## Estado Actual de la participación estudiantil

Una vez hemos extraído una posible clave de la participación y sus elementos - motivación, información/formación y repercusión percibida-, resulta indispensable analizar cuál es el estado actual en base a los mismos en la universidad española, tomando como base diversos artículos y estudios relacionados.

En cuanto a la motivación ¿qué preferencias tiene el estudiante y, por tanto, qué espera de su vida universitaria? Por los testimonios de representantes estudiantiles en encuentros locales y estatales (Jornadas del Estatuto Universitario, 2010), se desprende que la mayoría de dicho conjunto tiene como motivaciones principales finalizar con éxito su carrera y disfrutar de dicha etapa (también en Parejo y Michavila, 2009) Estas motivaciones, aun siendo totalmente legítimas, están alejadas de una participación más activa en la vida universitaria, bien por desconocimiento o por pasotismo, como posteriormente analizaremos.

El segundo elemento, la información-formación, supone plantearse varias cuestiones clave, en primer lugar alrededor del primer término ¿Hay información sobre la oferta extra-académica? Si analizamos las vías de información más usadas de las universidades como el correo electrónico interno o, a nivel físico, folletos y carteles, encontramos que generalmente sí existe una difusión amplia de esa oferta. Pero ¿llega esa información eficazmente al estudiantado? Esta segunda cuestión posee una sutil diferencia con respecto a la primera; el hecho de que exista información sobre esa oferta no implica que llegue eficazmente. Una explicación a este respecto es que, dado el alto volumen de información que encontramos sobre oferta extraacadémica, se produce una saturación que dificulta que llegue eficazmente al alumnado (Pérez, 2004)

Por otra parte, en cuanto a la formación, hay que puntualizar que ésta implica un conocimiento más profundo y complejo que el que se pueda difundir mediante la información; requiere, de alguna manera, un procesamiento de la primera (Segade, Girona, Juny de 2011 2008) ¿Qué implica esto? Veámoslo con un ejemplo comparativo: si deseamos que un estudiante se inscriba en unas jornadas de deporte, bastará con explicar (por vía electrónica o física) en qué consisten, la fecha y lugar de



realización; al ser un contenido sencillo, no hablaríamos de formación sino de información. Pero pensemos ahora en un ámbito más complejo, como la participación del alumnado en las comisiones de elaboración de los planes de grado; en este caso se requiere un amplio conocimiento sobre las bases del EEES, la normativa interna de creación de títulos, etc. En este sentido ha habido en diversas ocasiones una falta de formación adaptada en ámbitos de participación estudiantil sobre política universitaria. Parejo y Michavila (2008) recogen las declaraciones hechas por el grupo parlamentario de Esquerra Republicana de Catalunya en el Congreso de los Diputados que apuntan en la línea de una falta de políticas y estrategias implicativas hacia el estudiantado sobre el EEES :

«¿Cómo se puede pretender crear un nuevo modelo de educación superior sin preguntar, debatir y consultar a las personas a las que precisamente va dirigido este modelo?» .

En la misma senda de lo anterior, cabe reseñar nuevamente que la participación pasa por una información y formación adecuada que permita al colectivo estudiantil conocer qué opciones de participación posee y cuáles son las vías para llegar a ellas eficazmente; si el estudiantado desconoce, de un lado que es posible participar y, en segundo lugar cómo llevar a cabo sus motivaciones de participación, no existirá implicación (Merhi, 2011) En lo que se refiere a la repercusión percibida, ¿cree el estudiantado que su participación en la vida académica y extra-académica tiene utilidad? A la vista de la baja participación en órganos de gestión y política universitaria en el conjunto de las universidades españolas, podemos extraer que existe una visión generalizada que no tiene utilidad implicarse en política universitaria, centrándose sus preferencias en otros ámbitos, como hemos analizado previamente.

Por último debemos analizar la cultura social de participación, el elemento contextual de la fórmula. Como comentábamos previamente, no se ha consolidado en España una cultura participativa a través de la cual la población participe activamente en diversas cuestiones, por ejemplo institucionales (*Consejo de la Juventud de España, 2002*); cabe añadir que sí hay establecidas algunas vías de participación pero, generalmente éstas resultan o poco conocidas o poco atractivas por la población – especialmente la joven, que suele ser reacia a varias de estas institucionales formas (Francés, 2008)-.

No obstante, pese a la ausencia de una cultura social asentada y activa, no debemos concebir esta realidad con resignación. Sin duda la universidad, a través de su función social de formación ciudadana, otorga la oportunidad de asumir un rol activo donde la participación y la implicación hacia la institución estén presentes. La universidad puede y debe consolidar una cultura de participación en su institución, una cultura que, de llevarse a cabo, puede transferirse en mayor o menor medida a otros ámbitos externos.

Además de las causas explicadas por los elementos previamente analizados, este análisis requiere completarse con una serie de causas derivadas de los mismos, que podríamos denominar miedos o bloqueos de la participación activa:



- Paternalismo por una parte del profesorado, gestores universitarios y políticos, tomando al alumnado como receptor de la política y gestión universitaria exclusivamente sin valorar el potencial de sus opiniones. España está por detrás de otros países, como los nórdicos, en cuanto a la concepción que los gestores universitarios y políticos tienen del estudiantado (Parejo y Michavila, 2008), en los cuales éste constituye un eje esencial dentro de la gobernanza de las universidades.
- Pasotismo del estudiantado hacia la actividad más allá de lo académico. Si bien es cierto que en ocasiones las instituciones universitarias y políticas no han sido eficaces al implicar al alumnado, sí que hay que decir que, frente a diversas acciones, éste no ha tendido generalmente a participar más allá de lo académico, como se ha visto previamente.
- Conciliación de vida académica/extra-académica entendida como la dificultad para compaginar las responsabilidades derivadas de sendos ámbitos. Es evidente que la participación extra-académica requiere una dedicación adicional que debe, a su vez, compaginarse con las obligaciones académicas.

Eso genera en el estudiante una sobrecarga de trabajo que, en diversas ocasiones, no es aceptada por su profesorado lo cual, añadido al sistema de aprendizaje continuo de los títulos de grado, dificulta la participación. Este hecho ha sido muy comentado en diversos foros estatales (Conclusiones de Jornadas del Estatuto del Estudiante Universitario, 2011)

- Falta de reconocimiento de la labor de representación estudiantil a varios niveles; en este sentido, el Informe de *ESU-ESIB, Blackbook of the Bologna Process (2005)*, apunta a la ausencia de normativa que la facilite y a la falta de recursos financieros y humanos de los sindicatos y organizaciones estudiantiles. Análogamente, ello redundaría en la conciliación académica, ya que si está institucionalmente reconocida la participación, el profesorado deberá respetar esa doble dedicación con la titulación. Así pues, las claves de este punto pasan por aumentar el apoyo institucional de la universidad hacia dichos estudiantes a nivel normativo, económico y personal.
- En el ámbito de la representación estudiantil, existe una falta de identificación entre el estudiantado representante -y los órganos que le representan- con el no representante, o “de a pie”; de alguna manera, el estudiantado que no tiene motivación por participar o no cree en la eficacia de los órganos de participación universitaria, tampoco le otorgará valor suficiente al estudiantado representante. En la línea de lo comentado por Fco. José Francés (2008), se produce una sinergia de varios factores, comentados previamente, como el desconocimiento de estas vías de participación, la percepción de ineficacia de las mismas, el pasotismo o la falta de motivación por participar extraacadémicamente. Sin querer ahondar especialmente en el ámbito de la construcción del EEES, sí que debemos señalar sucintamente que ha habido varios estudios que reflejan su implantación; por ejemplo la organización de estudiantes europea *ESU-ESIB* sigue

de cerca y colabora en el proceso de creación y desarrollo del mismo a nivel de toda Europa, analizando sus progresos y denunciando sus malas prácticas, al tiempo que pone de manifiesto el deficitario papel que los estudiantes están jugando en todo este proceso [Bologna with student eyes (2005),(2007),(2009); Bologna Blackbook (2005)]

### **Hacia una cultura de participación**

Ante este panorama ¿cuál debe ser el objetivo que cabe plantearse? La meta es instaurar una cultura universitaria de participación que venza el pasotismo y que vaya más allá de esperar del alumnado que “simplemente” asista a clase y consiga una formación de calidad. Como hemos comentado alrededor de la función social en la introducción, la universidad es mucho más que un centro donde recibir una formación académica; es una institución que permite un crecimiento integral de valores y desarrollo personal. La consecución de este objetivo, no obstante, no recae únicamente sobre un sector de la universidad sino sobre la totalidad de agentes implicados, entre los que podemos encontrar al alumnado, el equipo docente, el personal gestor o los estamentos políticos. Esta responsabilidad, dada la naturaleza de cada uno de estos sectores, es cuantitativa y cualitativamente diferenciada.

Tampoco se pueden obviar etapas previas a la universidad para enseñar valores de participación ya que es precisamente en esas primeras fases donde dicha formación resulta imprescindible para cultivar dicha cultura participativa activa. En cualquier caso, esa cultura de participación universitaria depende de cómo percibe el alumnado la universidad, sus potencialidades y sus beneficios pero también a la inversa, qué disposición existe por parte de los gestores universitarios de implicar al estudiantado en las políticas de gestión universitaria. Algunos posibles indicadores en esta línea que podemos incluir serían el apoyo económico de los órganos de representación estudiantil, su porcentaje en los órganos colegiados, las políticas de participación extra-académica general o el reconocimiento institucional a dichas acciones, entre otros.

Dentro de esta cultura social participativa en el seno de la universidad, podemos plasmar las dedicaciones del estudiantado a través de dos roles sociales (Lamo y Torres, 1998) en el ámbito universitario; el rol académico y el extra-académico.



Analicémoslos con detenimiento:

- Rol académico, que incluye aquellos derechos y deberes surgidos de sus estudios académicos, como son recibir formación, ser evaluado y, finalmente, obtener el título académico.

- Rol extra-académico, desarrollado paralelamente al académico, que incluiría las dedicaciones y responsabilidades derivadas de actividades extra-académicas como la participación en asociaciones, la representación estudiantil, la práctica de deportes universitarios, etc.

Al hilo de lo comentado previamente, la motivación generalizada del estudiantado no suele contemplar participación extra-académica. Ello redundaría en que el rol extraacadémico no se potencia suficientemente. Por ello, y bajo la propia experiencia, una cultura de participación estudiantil adecuada pasa por potenciar ambos tipos de roles ya que cada uno implica aspectos complementarios que redundan en la función social de la universidad de formación integral del estudiantado.

Una vía para potenciar ambos roles sería que el alumnado se planteara dos cuestiones: qué le ofrece la universidad al estudiantado y qué le ofrece el estudiantado a la universidad.

¿Qué le ofrece la universidad al estudiantado? Lo más obvio sería responder formación académica, algo que va más allá de obtener un título; sin embargo la universidad puede aportar un aprendizaje de habilidades transversales como son la comunicación eficaz, planificación y gestión del tiempo o el trabajo en grupo. Esta formación transversal depende no solamente del rol académico sino también del extraacadémico ya que complementa y potencia dicho aprendizaje. Pongamos el caso de 2 estudiantes, uno con dedicación únicamente académica y otro que además es presidente del Consejo de Estudiantes de su universidad. En ambos sujetos puede existir una práctica de hablar en público; sin embargo, hay una serie de diferencias cuantitativas y cualitativas en cuanto al aprendizaje ya que, mientras que el sujeto sin actividad extracadémica se forma practicando a través de contadas exposiciones orales frente a compañeros de clase ya conocidos, el estudiante representante lo realiza más frecuentemente y, generalmente, ante una audiencia numerosa y menos familiar. Esa mayor dificultad o complejidad también otorga un mayor aprendizaje en esas competencias transversales.

¿Qué le ofrece el estudiantado a la Universidad? Esta pregunta es mucho más implicativa, aunque menos frecuente, y sin duda remarca el papel que el estudiantado tiene como agente activo y participativo dentro de la vida universitaria. Como hemos comentado previamente, el alumnado espera principalmente de la universidad una formación pero en contadas ocasiones se sitúa él como miembro proactivo hacia ella y no pasivo. De este mismo modo contribuye a un aumento de la cultura participativa mediante la potenciación del rol extra-académico.

Ejemplificando con casos reales podemos encontrar la función que el *Consell de l'Estudiantat* – formado exclusivamente por representantes estudiantiles- de la Universidad Jaume I (UJI) realiza: asesoramiento ante problemas académicos, organización de eventos como la Semana de Bienvenida, propuesta de mejora de normativas, docencia y servicios, representación de la universidad a varios niveles, etc. Otro caso, esta vez a nivel asociativo, lo encontramos en la *Association des États Généraux des Étudiants de l'Europe (AEGEE) - UJI*, la cual colabora activamente con la Oficina de Cooperación Internacional en el asesoramiento a estudiantes erasmus de dicha universidad.

Por ello no es en absoluto descabellado afirmar que la universidad necesita al estudiantado para más que recibir una formación académica; le necesita para ser parte activa como usuario de la misma puesto que aporta una visión diferente al resto de sectores que forman la universidad (profesorado y gestores).

# Encuesta

Después de leer, trabajar y reflexionar este artículo, si hemos interiorizado las ideas que en él se exponen, puede ser un buen momento para lanzarnos al medio y sondear cuáles son las percepciones y opiniones que tienen nuestros compañeros y compañeras respecto a la participación estudiantil.

Para ello, os proponemos estas preguntas y os invitamos a que, siguiendo el formato entrevista, charla o diálogo informal, planteéis estas cuestiones a cinco personas de vuestro contexto más cercano y hagáis una pequeña grabación (nota de audio) que posteriormente podáis compartir en los grupos.

- 1) ¿Qué entiendes por participación estudiantil?
- 2) ¿Qué motivación tienes o puedes tener para esta participación?
- 3) ¿Crees que hay suficiente información y formación sobre los medios que existen para la participación estudiantil en la universidad?
- 4) ¿Crees que tu participación puede tener alguna utilidad y repercusión en el medio universitario?
- 5) ¿Qué te ofrece la universidad o tu centro de estudios a ti?
- 6) ¿Qué crees que puedes ofrecerle tú a la universidad o a tu centro de estudios?

Después de este primer acercamiento, en el que habremos planteado a otras personas la cuestión de la participación y, por lo tanto, habremos explicitado de uno u otro modo que esta actividad está dentro de nuestra campaña, es buena ocasión para seleccionar, de estas cinco personas, a aquellas en las que hayamos percibido una mayor sensibilidad e inquietud por el tema y proponerles dedicar algún rato juntos a informarnos sobre cuáles son las plataformas o espacios de participación concretos que hay en nuestra universidad, escuela o facultad.

Para la siguiente sesión de campaña, cada miembro del grupo de revisión de vida puede llevar un pequeño “informe” de los espacios de participación que hay en su centro y compartirlo con el resto del grupo, además de comentar cómo ha sido la implicación de esos compañeros seleccionados y el interés que les ha suscitado el tema de la campaña.





# *Universidad y compromiso político*

(*Relaciones entre fe y política*, Encuentro de militantes de Universidad. Granada, abril de 1994. Juan Antonio Estrada)

Para abordar la problemática de nuestro sistema educativo y de cuál debe ser nuestra acción política allí, hay que partir de un planteamiento antropológico. Y es el de que los hombres nacemos antes de tiempo. Cualquier animal es independiente de sus progenitores al año de vida, mientras que se puede decir que el ser humano es un “feto extrauterino” durante los primeros años de su vida. Y ello se debe a que el hombre es el animal más débil e inmaduro, desde el punto de vista de los instintos. Pero en su debilidad está su fortaleza, pues suple la carencia de instintos con el aprendizaje, la cultura, la educación. Esta capacidad humana de acumular conocimientos hace al hombre el animal con más capacidad de adaptación. De ahí se deduce que la cultura es una segunda naturaleza para el hombre, y que la educación constituye el capital humano por excelencia.

En las sociedades desarrolladas, dentro de las cuales nos movemos, el elemento dominante no va a ser ya la posesión de las materias primas, sino el capital humano, la capacidad de aprender, la inventiva, la creatividad. De ahí que la educación, junto con los medios de comunicación social, se constituyan en medios dominantes de la mentalidad de nuestra sociedad, y ejerzan una labor de troquelado. La educación es un instrumento de poder enorme, y además hay que tener en cuenta que la educación no es neutra. La educación es un conjunto de valores y pautas que nosotros asimilamos, y que determinan un programa formativo en el que nosotros actuamos, no solamente de una manera positiva, sino por omisión o por silencio. No hay familia neutra, no hay escuela neutra, no hay universidad neutra, no hay educación neutra.

## Evolución de la Universidad



Dentro de este esquema, la Universidad es por definición la institución superior de la educación. Tradicionalmente ha sido una institución con un gran prestigio y un gran peso, y siempre ha tenido una dimensión pública, pues ha estado al servicio de la sociedad, capacitando a sus miembros para el trabajo, y asegurándoles un estatus y puesto de trabajo.

Además, la Universidad ha sido una instancia crítica de la sociedad, un medio de formación y una plataforma que capacita para una labor de transformación de la sociedad. El saber universitario ha sido un saber universalista, un saber de persona culta, dentro del cual se situaban las distintas disciplinas o especialidades. Este saber amplio dotaba de un análisis global y de herramientas para incidir en la sociedad.

Esto ha tenido un precio, el del trasfondo clasista de la universidad. A ella tenían acceso las clases superiores y las clases medias de la sociedad, y solo mínimamente las clases inferiores.

Sin embargo, hoy nos encontramos con que la universidad ha ido perdiendo poco a poco su carácter elitista y se ha ido extendiendo a grandes masas de la población. Ese aumento cuantitativo ha ido acompañado por una baja relativa, y luego generalizada del nivel educativo: los medios de que dispone la universidad no han crecido como para atender a la avalancha de personas que se han integrado en ella, y por otro lado, se ha permitido bajar ostensiblemente el nivel de formación. Se puede hablar de “degradación” del papel de la universidad, pues hoy una licenciatura equivale a lo que hace veinte años era el título de bachiller. Además, se pierde el universitario clásico, con un saber general. Hoy lo que tenemos son personas que saben una especialidad, pero que son analfabetos integrales en otras especialidades.

De ahí los males de nuestra universidad: una universidad con pocos recursos, una universidad en la que ha disminuido el nivel educativo, una universidad que promueve una especialización de espaldas al trasfondo general de la cultura, una universidad en la que se da el divorcio entre ciencias y humanidades, una universidad en la que no hay un trabajo interdisciplinar tan necesario, una universidad en la que los departamentos a veces aportan una visión unilateral de su disciplina, escamoteando la pluralidad de modelos y corrientes.

Con todo ello, la universidad se reduce a una fábrica de títulos, que nos da un diploma que nos capacita para luchar en el mercado de trabajo, pero que renuncia a los intentos humanistas que en otra época eran determinantes. Nuestra educación se convierte en una educación bancaria en la que vamos adquiriendo créditos, y cuantos más créditos adquirimos más vamos aumentando nuestra capacitación profesional; una educación en la que cada vez prima más la información, la erudición y la memoria, olvidando la tradicional función de la universidad de enseñar a pensar, a criticar, a reflexionar, a estudiar. Y hoy cada vez más nos encontramos con una educación en la que tanto los profesores como los alumnos optamos por lo que nos resulta más cómodo y menos problemático, pero ciertamente no por lo que resulta más fecundo y más necesario a corto y medio plazo en nuestra sociedad.

Ante esto, la tendencia de nuestras sociedades y nuestros gobiernos es mantener las universidades estatales en el nivel en que se encuentran, creando al mismo tiempo una nueva universidad de élite, que son las universidades privadas, con acceso restringido a gente que cuente con medios económicos suficientes.

Podemos señalar tres elementos principales en este panorama que estamos dibujando de la universidad de hoy:

El primer elemento es la despolitización creciente de la universidad, que va pareja a la politización de sus cuadros. En otra época la universidad era un lugar muy conflictivo para el gobierno, pero hoy esa dimensión reivindicativa está desprestigiada, y ha pasado a un segundo plano. La gente se preocupa de sacar su carrera, de sacar las mejores notas posibles, y de prepararse para las oposiciones o para el mercado de trabajo. Y a esto se añade la politización de los cuadros superiores de la universidad, lo cual se refleja en las elecciones a rector, a representantes de los claustros, en la presencia cada vez mayor y más

influyente de los sindicatos, etc. Esta democratización de los órganos de la universidad lleva a veces a la paradoja de que el juego político, en el que yo te presto mi voto si tú me apoyas en otra reivindicación, es el que en último término determina las decisiones que se toman.

La universidad renuncia a su función crítica, no busca ni pensar la sociedad ni transformarla, sino que se limita a buscar subvenciones económicas del estado o de la empresa privada y a procurar formar a determinados profesionales que encuentren con facilidad un puesto de trabajo. Y no hay más.

Un segundo elemento que encontramos tanto en el estudiantado como en el profesorado es la falta de capacidad de análisis. El mundo universitario tiende a ser un guetto cada vez más, un mundo aparte, impermeable a lo que pasa en la sociedad. Hoy un universitario difícilmente tiene capacidad de analizar, por ejemplo, los periódicos, y no digamos los medios de comunicación de la cultura de la imagen. Nos encontramos con una postura receptiva y pasiva ante la imagen televisiva en la que la reflexión crítica, el distanciamiento, que eran inherentes en la cultura de la imprenta, pasan a un segundo plano.

En definitiva, nos encontramos hoy con una universidad que en gran parte atonta a las personas, en el sentido de que ha desplazado la capacidad de evaluación y la capacidad de crítica por la memorización, la erudición y la información. La abundancia de información hoy no es un elemento humanizante, sino al contrario, nos lleva a incapacitarnos para programar esa información, analizarla, resituarla, reorganizarla.

El tercer elemento constatable es que la privatización se convierte en el estilo de vida de nuestras sociedades. No es simplemente que hoy la política está en crisis, es que está en crisis cualquier dimensión pública. Estamos cada vez más incapacitados para todo lo que sea asumir funciones públicas, de transformación en la sociedad, o en la familia o en la iglesia. Las generaciones universitarias lo que buscan es integrarse en lo que hay; en lugar de plantearse transformar, o incluso gestionar lo que hay, solo piensan en integrarse en lo que hay.

## Acción política en la Universidad

En este contexto es en el que nos preguntamos qué podemos hacer en la universidad, cuál es el papel de los cristianos, y de movimientos como la JEC en ella, qué acción política tendríamos que desarrollar en la universidad.

Tenemos que asumir el modelo de universidad que hay, y dentro de él, incidir en sus tres elementos fundamentales: docencia, investigación y proyección social, para intentar que estén realmente al servicio de una sociedad más justa y más acorde con los valores del Reino.

Lo primero que tendríamos que hacer es participar en los cauces que la universidad nos ofrece, como es la representación en los órganos de dirección y gestión, para plantearnos desde ahí que la docencia no es neutral, y que a través de ella tenemos que tomar conciencia de que vivimos en una sociedad radicalmente injusta, en la cual tenemos planteados graves problemas.

A partir de aquí tendremos que plantearnos toda una prioridad en las disciplinas, en aquello que puede ayudarnos a tomar conciencia de los problemas de la universidad y de la sociedad, ayudarnos en definitiva a ver el mundo como es y no como nos lo presentan los medios de comunicación social y las ideologías de turno.

Hay que aprender a estudiar a incidir en la realidad universitaria y social. Uno de los males de los universitarios es querer reducir el tiempo de la universidad a tiempo de estudio, de pensar exclusivamente en unas notas, un currículum que por otro lado no nos va a asegurar indefectiblemente el puesto de trabajo que buscamos. Ser universitario no es simplemente estudiar, aunque ser universitario implique estudiar; es abrirse a nuevos horizontes, contactos, mentalidades, a una visión universal del mundo; “despueblerizarnos”, en el sentido de que nos encontramos con otras ideologías, con otros grupos,



mentalidades, personas, alternativas. Ser universitario supone estar atentos a tantos grupos que se mueven y que pueden enriquecer nuestra visión de la vida y de la misma universidad.

Por eso en una universidad desestructurada como es la nuestra, sometida a transformación y crisis, tendríamos que encontrar plataformas de incidencia de la universidad en la sociedad: actos universitarios, participación en ONGs, presencia de grupos sociales en la universidad...y tendríamos que hacer de los movimientos apostólicos bisagras desde las cuales nuestra universidad se hiciese más presente en la sociedad y viceversa. Movimientos como la JEC podrían y deberían ofrecer dentro de la universidad seminarios, encuentros y debates acerca de los programas de estudio, acerca de la manera de impartir la docencia, acerca de la misma bibliografía que se utiliza; acerca, en fin, de la conexión de la carrera con la sociedad y de la imagen que se nos da de la sociedad en los medios de comunicación y en la docencia. Habría que divulgar en la universidad tanto los temas conflictivos que se dan en la sociedad como una reflexión sobre el "instrumental" que estamos recibiendo en la universidad: la crítica de unos apuntes, de unos determinados libros de texto, o de una determinada manera de impartir la docencia, pueden ser elementos generales a partir de los cuales la JEC y movimientos similares pueden jugar un papel de concientización dentro de la universidad.

Una universidad en la que además habría que pedirle a los universitarios tanto como a los profesores que se combinaran elementos de atención a lo local, al entorno social en el que se desenvuelve la universidad, y elementos de atención a temáticas más universales. Porque hoy es fundamental articular lo general en lo que nos movemos y no perder de vista lo concreto en lo que nos desarrollamos. Atender a lo universal porque el mundo es cada vez más una aldea global, dando prioridad especial al gran problema que tenemos planteado en el fin del siglo XX, el conflicto Norte-Sur, y desde ahí preguntarnos qué significa estudiar literatura, economía, ciencias, etc.

Los estudiantes y los profesores deben plantearse también las prioridades en la misma investigación, contestándose a preguntas como: Dentro de mi carrera, ¿qué es lo que más puede ayudarme a transformar la sociedad y a incidir en el mundo en que voy a desarrollarla? Dentro de las disciplinas ¿cuáles son aquellas a las que yo debería dar prioridad desde una opción cristiana de la vida y desde un compromiso por la justicia? Porque el currículum no puede reducirse simplemente al problema de lograr un puesto de trabajo (aunque esto nunca podemos rehusarlo), sino que tiene que abrirse a un compromiso mucho más amplio y mucho más vital, en el que la sensibilidad social sea protagonista.



La universidad no es simplemente docencia e investigación, sino que esa labor que se realiza tiene una determinada proyección social. La universidad debe plantearse los problemas de su entorno, y debe tratar de incidir en los mismo, contribuyendo a su solución. Debería generar un debate sobre cuestiones candentes, abordar desde distintas perspectivas los problemas económicos, culturales, políticos, educativos, etc. que tiene planteados las sociedad, poner en diálogo a personalidades, profesionales y profesores, y procurar que ese debate trascienda a la opinión pública, tenga una repercusión en la sociedad a la que pretende servir.

Como universitarios, nos encontramos con que el compromiso político con la sociedad y con la universidad son dos caras de una misma moneda, y que las preguntas fundamentales que nos debemos hacer son cómo influir en la universidad para que ésta influya en la sociedad, y cómo politizar y concientizar a los miembros de la universidad de que los comportamientos que estamos teniendo en la universidad están siendo determinantes de lo que vamos a ser en la sociedad. Esto nos lleva también a no olvidar la necesidad de plantar la solidaridad en la misma universidad, procurando que sus recursos (instalaciones deportivas, culturales, bibliotecas...) se pongan al servicio de toda la sociedad, procurando que nuestros movimientos acojan y ofrezcan cercanía y diálogo a extranjeros y emigrantes que vienen a estudiar y que puedan encontrarse con conductas xenófobas, a los que llegan nuevos y están despistados, etc.

Nuestra tarea empieza, sencillamente, por enseñar a Ver. Enseñar a ver el entorno social, a analizar los distintos periódicos, las distintas cadenas de televisión, las distintas corrientes, los distintos partidos, incluso las actividades y participaciones públicas de nuestros profesores, para caer en la cuenta de que no hay imparcialidad, sino que todo responde a unos u otros intereses.

También enseñar a juzgar esas realidades universitarias y sociales desde nuestros compromisos cristianos y nuestra solidaridad y trabajo por la justicia. Hay que perder el miedo a manifestar nuestra identidad cristiana, a manifestar alguna crítica o propuesta, presentando desde dónde se hacen, desde qué principios se asumen determinados comportamientos.



En último lugar, Actuar, ofreciendo praxis efectivas de solidaridad y de compromiso, que nos hagan caer en la cuenta de que estamos contribuyendo a la tarea de transformar mentalidades y estructuras, de romper el aislamiento que vive hoy la universidad respecto de la sociedad.

